FL 03 32

Segundo curso de lengua y literatura griegas. Tema 8. Ejercicios prácticos sobre el tema 8. Preparado por los profesores José María Lucar de Dios, Pedro Bádenas de la Peña y Concepción Morales Otal. Siguiendo el esquema ya anunciado en la misión anterior, continuamos hoy revisando los verbos griegos.

Este quehacer ocupará nuestros primeros minutos deteniéndonos hoy a estudiar los verbos mudos. El texto de Tucídides servirá de base a este comentario. Abramos la segunda antología griega por la página 112, donde se nos ofrece el discurso de Diódoto.

La última parte de la emisión la dedicaremos a ampliar el comentario sobre estos textos de Tucídides. Sabemos que se llaman verbos mudos aquellos cuya raíz termina en oclusiva, independientemente de que la oclusiva sea de la serie labial, dental o velar. La lengua griega tiende a una sistematización dentro de estos grupos, y podemos trazar así un tipo de conjugación para cada uno de ellos.

Tomemos en la página 112 de la segunda antología la línea 8, donde encontraremos menfómenos, participio de presente de un verbo labial, ya que su raíz es menf, terminada en fi. Recordemos igualmente cómo estos verbos hacen siempre el futuro en pso, el aoristo en psa y el perfecto activo en fa, que nos daría en este caso un hipotético perfecto memonfa, perfecto radical donde únicamente notamos reduplicación, me, raíz, mon y característica de perfecto, en este caso alfa, sin ninguna otra marca. Pero lo que queremos notar es cómo este perfecto aspirado en fa se extiende por sistematización a todos los perfectos en labial.

Así, un verbo como tempo, donde esperaríamos un perfecto radical, peponpa, nos ofrece peponfa. Por otra parte, otro ejemplo, blapto nos da beblafa, etc. Es natural que si la lengua ha conseguido unificar una serie de posibilidades de presente en una única forma de aoristo y futuro, psa y pso respectivamente, extienda también al perfecto esta uniformidad.

Según esto, podríamos decir que a un futuro en pso, a un aoristo en psa y a un perfecto en fa corresponde un presente en bo, po, fo o en pto, es decir, en labiales. Recuerde el alumno también que si una raíz labial toma su fijo yod en el presente, el tema que resultará de esta unión es siempre epto. En cuanto a la voz media, queremos recordar únicamente el perfecto, que es el que puede ofrecer alguna dificultad.

Si mantenemos este mismo ejemplo, es decir, la raíz menf, podemos formar un hipotético perfecto medio con reduplicación, me, menf, mai. Lo que sucede es que se produce una asimilación de la fi, del radical, y la eme, de la disinencia mai, dándonos un resultado definitivo, me, menf, mai, con doble mi, que es el producto de toda labial al estar en contacto con una mi. La segunda persona, me, menf, sai, nos dará, por asimilación de labial masilvante, me, menf, sai, como es de esperar a encontrarse una labial con una sigma.

Por último, la tercera persona del singular es me, menf, tai, asimilándose nuevamente la

oclusiva aspirada fi a la sorda dental siguiente, por lo que tendremos me, menf, tai. En cuanto al plural, comentaremos únicamente la tercera persona. Sabemos que el perfecto es siempre atemático, con lo que tendremos la raíz reduplicada, que ya hemos visto, menf, a la que añadiremos la disinencia ntai.

Al encontrarse la ni en sílaba cerrada, se convierte en vocal alfa y da lugar a formas como me, menf, tai, que en algunos casos puede producir confusiones. Para evitarlas, la lengua griega suple esta tercera persona con la perifrástica, que en este caso sería me, menf, menoi e isi. Tucídides nos ofrece esta doble posibilidad para expresar el perfecto.

Citemos para terminar la forma correspondiente al aoristo pasivo, que sería me, menf, zen. En este caso no hay ninguna alteración, ya que la raíz del verbo termina en fi, como sabemos, lo que nos da el grupo fi, zeta, que es habitual en todo encuentro ante una labial y una zeta, al hacerse las dos oclusivas del mismo grado, es decir, aspiradas. En la selección de textos vamos a tratar hoy de dar una visión del método histórico de Tucídides en relación con las corrientes científicas de su época.

Junto a la gran dependencia de los sofistas en el pensamiento de Tucídides, es importante también la fuerte influencia que presenta de los filósofos naturalistas y de la medicina jonia. Así, el contacto directo entre el pensamiento de Anaságoras e Hipócrates es fácil de apreciar. Por ejemplo, Anaságoras, una vez aceptada la materia, el caos en movimiento, como Arjé, sostiene que el espíritu actúa conforme a sus propias leyes.

Paralelamente en Tucídides tampoco se hace intervenir para nada la providencia de tipo divino en el devenir histórico. Al contrario, la historia es una relación de circunstancias materiales y de hechos humanos. Lo mismo que Anaságoras negaba que el sol y la luna fueran dioses, Tucídides, con su racionalismo, habla escépticamente de los temores irracionales, por ejemplo, de la estrategonicias ante los oráculos y eclipses, como en realidad son, una superstición los primeros y un fenómeno natural los segundos.

Dice a este respecto Tucídides Pero hallándose a punto de partir, estando ya todo preparado, hubo un eclipse de luna, pues había luna llena. La mayoría de los atenienses pidieron, llenos de terror, que los generales aplazaran la marcha, y el propio Onicias, que era excesivamente dado a los presagios y cosas semejantes, declaró que ni siquiera deliberaría sobre la posibilidad de ponerse en marcha antes de esperar tres veces nueve días, como los adivinos prescribían. El mayor influjo a propósito de la aplicación de un tipo de método determinado le viene a Tucídides de la escuela hipocrática.

La medicina es la primera ciencia natural que se desprende de la filosofía. La medicina en Grecia se convirtió en un arte y en un método empírico de gran rigor debido precisamente al gran proceso racionalizador impuesto por la filosofía jonia. El método de la medicina hipocrática es el siguiente.

Se trata de dar un diagnóstico y un pronóstico a partir de unos síntomas objetivos. Ello permite

establecer clasificaciones de la salud y la enfermedad, así como apuntar los posibles remedios. Este método es exactamente igual en Tucídides, el que introduce en los fenómenos históricos la distinción entre haitía, causa, equivalente a la causa de una dolencia, y la prófasis, pretexto, contingencia ocasional, análoga en la terminología médica al síntoma.

En definitiva, tanto Tucídides como Hipócrates, lo mismo que los sofistas, tratan de fijar la physis anthropo, esto es, la naturaleza humana. El tratado de Hipócrates sobre los vientos, aguas y regiones es una interesante investigación sobre la influencia del medio ambiente, esto es, del género de vida, condiciones naturales del país, etc., sobre la naturaleza física y moral de sus habitantes. Así, en este sentido, Hipócrates dice al comienzo de su tratado.

Quien quiera investigar con un buen método el arte médico debe hacer lo siguiente. Primero, estudiar detenidamente las estaciones del año y su influjo respectivo, en qué difieren entre sí y sus propias variaciones. En segundo lugar, la importancia de los vientos, cálidos o fríos.

Es igualmente preciso el conocimiento de las aguas y sus propiedades. Lo cual, aplicado con rigurosidad, le lleva a conclusiones como esta que dice en otro lugar. En un clima variado se desarrolla un carácter bravío, poco sociable, fuerte, pues las frecuentes emociones hacen feroces los instintos, mientras que la serenidad y la calma los apaciguan.

Por eso los habitantes de Europa son más animosos que los de Asia. Este método de observar efectos y deducir causas tan cercano al de Hipócrates es similar en Tucídides a la argumentación que el representante de Corinto hace en la asamblea de los aliados de Esparta sobre el diferente carácter de atenienses y espartanos. Dice así Tucídides.

No parecéis daros cuenta de cuál es el carácter de los atenienses y qué diferentes son de vosotros, puesto que son amigos de novedades y rápidos en hacer planes y en poner en práctica lo que deciden, mientras que vosotros lo sois en conservar lo que tenéis, no proyectar nada nuevo y no hacer ni lo más indispensable. Por otra parte, los atenienses son audaces, arrostran los peligros hasta con la imprudencia y en ellos tienen buena esperanza, mientras que lo propio de vosotros es hacer cosas inferiores a vuestras fuerzas, no confiar ni en los razonamientos más firmes y creer que nunca os habéis de ver libres de las dificultades. Son aficionados a salir de su país mientras que vosotros lo sois a permanecer en él, pues piensan ellos que saliendo quizás quieran algo y vosotros que con ello perderíais hasta lo que tenéis.

Cuando vencen a los enemigos son los que más explotan el éxito y vencidos los que menos pierden. El interés de Tucídides por la medicina podemos verlo claramente en la minuciosa descripción que nos dejó el autor ateniense en el libro II de la Guerra del Penoponeso, capítulos 47 a 54, alusivos a la peste que en el 430 a.C. asoló Atenas, epidemia en la que murió Pericles y de la que se había afectado el propio Tucídides. Oiremos algunos fragmentos alusivos a la descripción de los síntomas de la epidemia que asoló Atenas.

Una epidemia tan grande y un aniquilamiento de hombres como este no se recordaba que hubiera tenido lugar en ningún sitio, pues al principio los médicos, por ignorancia, no tenían

éxito en la curación, sino que precisamente ellos morían en mayor número porque eran los que más se acercaban a los enfermos. Tampoco valía ningún otro remedio humano y fue inútil suplicar en los templos y recurrir a los oráculos y medios semejantes y al final las gentes desistieron de usarlos vencidas por el mal. Yo, por mi parte, descubriré cómo sucedió y expondré los datos cuyo examen podría dar elementos de juicio en caso de que sobrevenga otra vez, porque yo mismo estuve enfermo y vi a otros muchos atacados por la enfermedad.

Sobrevenían a los afectados fuertes calenturas que atacaban a la cabeza y enrojecimiento y ardor en los ojos. Y los órganos interiores, a saber, la garganta y la lengua, se llenaban al punto de sangre y dejaban salir un aliento distinto del normal y fétido. A continuación de estos síntomas se presentaban estornudos y ronquera y poco después el malestar bajaba al pecho, acompañado de una tos violenta y cuando se localizaba en el estómago lo trastornaba y se sucedían todos los vómitos debilis del que hablan los médicos, acompañados de grandes sufrimientos.

Y a los más les sobrevenían fuertes arcadas espasmódicas, a unos al cesar los síntomas anteriores y a otros no mucho después. El cuerpo no estaba febril en exceso ni tampoco pálido, sino un poco enrojecido, amoratado, lleno de pequeñas ampollas y de llagas, mientras que las partes interiores ardían hasta tal punto que los enfermos no podían resistir que les cubrieran con nada y querían arrojarse al agua fría. Y muchos enfermos mal vigilados lo hicieron arrojándose a los pozos atacados por una sed insaciable y la mucha o poca bebida surtía iguales efectos.

Sin cesar tenían encima la imposibilidad de descansar y el insomnio y el cuerpo cuando llegaba a su punto culminante de la enfermedad no quedaba postrado sino que resistía, de forma que o bien morían a los siete o nueve días o si se libraban al bajar la enfermedad al intestino y producirse una diarrea incontenible, los más perecían más tarde por efecto de la debilidad. Como la índole de la enfermedad sobrepasó a todo lo que pueda decirse, cayó sobre cada hombre con más violencia de lo que tolera la naturaleza humana.